CAPÍTULO III

EL SENTIMIENTO Y SU CULTURA. — EDUCACIÓN ESTÉTICA Y RELIGIOSA

Objeto y valor ético de la educación de la sensibilidad anímica y concepto de la llamada estética. — El sentir como facultad anímica. Caracteres, momentos y ley de su actividad. — Valor psicológico é influjo en la vida del sentimiento. Su cualidad inherente y objetivo final. — Valor moral de lo bello. — Desarrollo, manifestación y caracteres del sentimiento en el niño. Sus falsas apariencias. — La educación del sentimiento y dificultades que ofrece. Su carácter negativo, positivo y preventivo. — Regla general para la cultura del sentimiento. El afecto: sus límites. — Las asociaciones de sentimientos. El sentimiento en acción. — La cultura del sentimiento por la de la inteligencia. — Hábitos del sentimiento.—Modos y estados de él. — Importancia del ánimo en la vida y papel de la educación con relación á él.—El miedo como opuesto al ánimo y causas que lo engendran y fomentan en los niños. — Modo de infundir el ánimo y combatir la timidez, el temor, el miedo, el terror y el espanto. Influjo que en ello ejerce la educación física y en particular los ejercicios corporales. — Las pasiones. Sus efectos y clases.—Las pasiones en los niños. Papel de la educación relativamente á ellas.—El placer y el dolor. Su influjo en la vida.—Consecuencias pedagógicas.—Los sentimientos y su clasificación.—Sentimientos personales ó egoístas más comunes en los niños. Papel de la educación respecto de ellos, considerados en general. — Necesidad de favorecer en los niños ciertos sentimientos personales y manera de proceder al efecto.—La emulación. Necesidad de favorecerla y vigilarla.—El respeto á sí mismo; en qué consiste, necesidad de cultivarlo é inconvenientes que deben evitarse. — Los sentimientos de simpatía en el niño y la educación respecto de ellos. — Necesidad de cultivar en los niños la simpatía hacia los animales y las plantas. Modo de hacerlo. — Las inclinaciones superiores en los niños. Papel de la educación á propósito de ellas.—Modo de favorecer la inclinación de los niños á la verdad y de impedir que arraigue en ellos el vicio de mentir. — Medios primeros ó indirectos de cultivar el gusto de lo bello.—El juego como uno de ellos. — Medios directos de cultura estética. — Necesidad de la cultura religiosa.—Manera de realizarla.—La intuición como medio de esa cultura.—La cultura científica como disciplina religiosa.—Indicaciones bibliográficas.

182. **Objeto y valor ético de la educación de la sensibilidad anímica, y concepto de la llamada estética.** — La sensibilidad anímica (sentimientos), como facultad substantiva, tiene su cultura propia, cuyo objeto consiste en dar á las facultades de la vida afectiva el desenvolvimiento y la perfección de que sean susceptibles, al intento de ponerlas en condiciones de cooperar, con nuestras demás energías, al cumplimiento del destino que nos está asignado.

Si recordamos lo dicho acerca del papel que la sensibilidad desempeña en la vida del niño (153) y á ello añadimos que es imposible pensar la acción en nosotros (cualquiera que sea la edad, y menos en la infancia) sino movida por un fin deseado, por lo que se dice que la voluntad es determinada siempre por un hecho de sensibilidad (de aquí que se consideren los sentimientos como los determinantes que impulsan á la voluntad á obrar, los móviles de ella), y que para que la idea, que es un motivo de acción, influya sobre nuestras determinaciones, es preciso que se transforme en móvil ó fuerza excitomotriz; y, en fin, se considera que las enfermedades de la sensibilidad en cualquiera de sus órdenes, se traducen al punto en perturbaciones orgánicas, mentales ó morales, se comprenderá fácilmente la importancia que reviste la educación de nuestra facultad de sentir.

No es esta cultura meramente afectiva, sino que á la vez reviste un carácter ético muy señalado, por ser los sentimientos como los móviles que determinan la voluntad á obrar, y referirse en su mayor parte de un modo directo á las ideas de bien y moralidad, originándose de ellos así las virtudes como los vicios, de los cuales son las pasiones (ó estados *pasivos* del sentimiento) como las fuerzas generadoras. Atendiendo, pues, á la cultura afectiva, se realiza en gran parte la educación moral de los niños, que no podrán ser buenos ó morales si sus sentimientos no están bien dirigidos.

Generalmente, y no sin cierta propiedad, se denomina la cultura de la sensibilidad anímica *educación estética,* en cuanto que este calificativo viene de una voz griega (*aiszesis*) que significa sentimiento, y con la terminación en *icos* (usual ó habitual), hábito de sentir. Pero por lo común, se toma «estético» como sinónimo de «bello», pues que la palabra *Estética,* que en Psicología se refiere á la parte que trata del sentir como facultad anímica (á la Psicología del sentimiento), se ha introducido (por Baumgarten) en el lenguaje de la filosofía moderna para designar la Ciencia de la Belleza ó Filosofía del Arte, que realmente debiera decirse *Calología* (de *calos*, bello, y *logos*). De aquí que exista cierta confusión respecto de lo que debe entenderse por «educación estética», que algunos refieren á la cultura del sentimiento en general, y otros á la del sentimiento de lo bello solamente.

Para evitar confusiones, designaremos esa cultura con la denominación de *educación de los sentimientos,* reservando la de *estética* para la parte de ella que se contrae al sentimiento de lo bello.

183. **El sentir como facultad anímica. Caracteres, momentos y ley de su actividad.** — El *sentir* es una de las tres facultades que constituyen é integran la realidad anímica, una de las actividades específicas del espíritu (151). En cuanto que en él se dan como términos, el sujeto que siente (el alma) y el objeto sentido (el alma misma ó cualquier objeto que la afecta) se dice que es una propiedad anímica de relación en la conciencia del alma consigo misma y con cuanto pueda afectarla ó modificarla.

Tiene el sentir su actividad propia, que consiste en la inclinación ó movimiento del sujeto hacia el objeto, y mediante la cual pasa aquél de la esfera de la posibilidad á la de la efectividad, y se traduce en hechos determinados y concretos (*sentimientos*). Dicha actividad ostenta los caracteres de ser *natural* y *espontánea, permanente* y *mudable, necesaria, libre* y *continua,* y se determina según momentos mediante los que se producen los estados efectivos del sentimiento, y dan lugar á las *funciones* y las *operaciones* del sentir. Las primeras, que expresan dicha actividad considerada en su movimiento desde el sujeto al objeto (actividad propiamente dicha), son la *inclinación* ó *interés,* la *adhesión* ó *emoción* y la *penetración* ó *posesión;* y las segundas, la misma actividad en sentido contrario, esto es, del objeto al sujeto (receptividad), las constituyen el *sentimiento simple* ó *elemental,* el *relativo* y el *compuesto* ú *orgánico.*

El sentir se inicia en el sentimiento simple, y mediante las tres funciones dichas, llega á diferenciar la complejidad de este primer sentimiento, indistinto é indeterminado, en los grados que representan el relativo y el compuesto: tal es la ley que sigue su actividad.

184. **Valor psicológico é influjo en la vida del sentimiento. Su cualidad inherente y objetivo final.** — Contribuye el sentimiento con la inteligencia y la voluntad á integrar nuestra realidad anímica, cooperando con ellas á la realización de la vida, en toda la cual ejerce influencia notoria.

Mediante el calor y el entusiasmo que comunica á todo el espíritu, sostiene y estimula el sentimiento á la inteligencia en el ejercicio de sus facultades, impidiendo su ociosidad é impulsándola y fortaleciéndola en el estudio y la investigación para hallar la verdad: es el estimulante más enérgico del conocer. En cuanto á la voluntad, se robustece por el sentimiento, que le presta el valor moral que necesita para vencer las dificultades que se oponen á sus resoluciones, que es capaz de tomarlas extraordinarias y heroicas cuando se halla animada por el calor vivificante del sentir. En cambio, puede el mismo sentimiento cooperar á la vida de un modo negativo, comunicando al espíritu indiferencia y frialdad, en cuyo caso, inteligencia y voluntad quedan como ociosas é inertes, ó haciendo que nos movamos por motivos impuros nacidos de un interés meramente utilitario y egoísta. No se olvide que el sentimiento es fuente de los más puros deleites y de los más bajos placeres, y que sobreponiéndose con frecuencia á la razón, hace perder á la vida su racionalidad, sometiéndola al imperio de las pasiones.

Considerado el sentimiento en general ofrece tan rica variedad de matices, que bien puede afirmarse que sus fenómenos tocan á los linderos de lo infinito. Elévase desde los senos más obscuros de lo inconsciente hasta las regiones de la más pura y desinteresada idealidad, formando á manera de misteriosa escala y ganando á medida que se eleva por ella, en lo que constituye su cualidad inherente y á la vez su objetivo final, que es la *belleza*, como la verdad lo es de la inteligencia, y el bien de la voluntad. Mientras más se eleva y depura el sentimiento, más gana en cualidad bella, y viceversa. De modo que el sentimiento llamado pleonásticamente *estético* (*sentimiento de lo bello*), expresa el grado superior del sentir todo.

185. **Valor moral de lo bello.** — Constituye, pues, lo bello como el fin supremo, el obligado coronamiento de la actividad del sentir, por ser el sentimiento más puro y desinteresado. De aquí el valor ético que con razón se le atribuye y que ya expresara la doctrina platónica al decir que «el alma se eleva al bien por lo bello», que según Kant, es «símbolo del bien». Sin identificar la belleza con la bondad, como hicieran los estoicos, es lo cierto que lo bello, considerado como el carácter sensible que despierta la idea de perfección, se halla asociado en una misma alma al culto del bien, por lo que se ha dicho que las grandes virtudes nacen del sentimiento de la belleza. Por esto que la educación moral se realice en gran parte por la cultura de este sentimiento: habituar á las personas á comprender y amar lo bello, equivale á habituarlas á comprender y amar lo bueno, y aun lo verdadero, puede añadirse; pues, según la definición de Platón, lo bello, que es esencialmente orden y armonía, «es el resplandor de lo verdadero». No se olviden, por otra parte, las conexiones que tiene la belleza con la imaginación, de la que constituye el alimento natural.

186. **Desarrollo, manifestación y caracteres del sentimiento en el niño. Sus falsas apariencias.** — Las sensaciones (42, 155 y 160) producen en el niño placer y dolor, que son los dos estados primitivos y totales del sentimiento.

Mezcladas con las de dolor, siente y expresa el niño muy pronto sensaciones de placer (el llanto ó la risa son expresión de unas y otras y el primer signo exterior de los movimientos del espíritu infantil), por lo que los dolores y los placeres que en virtud de ellas experimenta, son como los gérmenes de los placeres y los dolores de su alma, la cual se abre, por lo tanto, á la vida del sentimiento movida por las sensaciones (153).

Por virtud de las impresiones agradables ó desagradables que recibe, siente el niño afecto ó desafecto hacia las cosas y los seres, y á medida que más repite y que mejor se asimila esas impresiones, surgen los diversos sentimientos que matizan su vida y que se incrustan tanto más en su alma, cuanto más los repite, ó se ejercita en ellos. De aquí, por ejemplo, que mientras más se consiente á un niño que se apropie lo que ve y más se satisfacen sus deseos, más avaro y egoísta se hace. Por el trato constante que mantienen entre sí los niños, sobre todo con ocasión de sus juegos, se desenvuelven en ellos los sentimientos de simpatía y sociabilidad, que ya se han despertado al calor de los cuidados y caricias maternales.

Ofrece el sentimiento caracteres especiales en su manera de producirse y manifestarse en los niños, dependiendo el principal de ellos del hecho, ya señalado, de ser en un principio originados los sentimientos por las sensaciones y aun por los apetitos mismos, por lo que el mal genio reconoce por causa el dolor físico, y la envidia es resultado de la gula. Consecuencia del mismo hecho es el influjo que las impresiones materiales, los objetos presentes ejercen sobre los sentimientos del niño.

De aquí y de la falta de fuerza suficiente de pensamiento y de reflexión, la *vivacidad* y *violencia*, la *fugacidad* y la *variedad caprichosa*, que son otros tantos caracteres del sentimiento en los niños, quienes tan pronto se exaltan, montan en cólera y se aterrorizan, como se quedan tranquilos y se muestran afables y confiados. Con la misma facilidad que ríen, lloran y cambian de afecto, llevándolo, ora á una persona, ora á otra, ya á un juguete, ya á otros objetos; besan al niño á quien momentos antes maltrataban, y abandonan indiferentes las cosas que no hacía un minuto solicitaban apasionadamente.

«La vida sensible del niño se compone de cortas cóleras, de lloros y risas momentáneos, de penas violentas, de súbitas ternezas, de sentimientos, en una palabra, tan ardientes como pasajeros. Se comprende, en efecto, que siendo determinado sólo por la presencia de los objetos, se exalte pronto el sentimiento del niño, pero que en desquite no eche raíces profundas, no pase de lo superficial y no se fije en el alma. Por lo más insignificante se exalta el niño... pero tan pronto como se le ofrecen nuevos objetos, nuevas impresiones, se detiene el torrente de su pasión». — (COMPAYRÉ.)

A esto hay que añadir las *falsas apariencias* que ofrece en los niños la sensibilidad anímica, cuyas manifestaciones exteriores (gestos, acciones, lloros, expresión de afectos, etc.) no corresponden á los estados interiores, ó mejor, no dan la medida exacta de los sentimientos á que se refieren. No proviene esto sólo del disimulo y la hipocresía de que suelen dar testimonio los niños, sino más bien de superabundancia de la vida corpórea, del predominio de las tendencias egoístas, y de que los niños son menos sensibles de lo que parece, por lo que nos engañamos cuando juzgamos de su sensibilidad equiparando sus manifestaciones exteriores con las de la nuestra, y la suponemos impulsada por móviles iguales á los que en casos análogos sentimos obrar en nosotros.

187. **La educación del sentimiento y dificultades que ofrece. Su carácter ne-**

gativo, positivo y preventivo. — Es el sentimiento perfectible, y, por lo tanto, educable, requiriendo por ello, además de un ejercicio adecuado, cuidados preservativos para mantenerlo en su estado normal de equilibrio, y otros á que obliga la necesidad de restablecer este equilibrio cuando llega á alterarse, como sucede con las pasiones, que son verdaderas enfermedades del sentimiento, cuya educación se impone, por lo mismo, como una necesidad imperiosa.

Lo que sí conviene que notemos son las dificultades que ofrece la cultura del sentimiento, cuya actividad no puede excitarse al igual que la de la inteligencia y aun de la voluntad, pues no se tienen tan á mano siempre los estimulantes oportunos. La sensibilidad, con ser sumamente variable, es muy difícil de reglar, por lo mismo que depende de elementos muy diversos y complejos y constituye, más que las otras facultades, un don natural en el que obran menos las imposiciones exteriores. Como dice Miss Edgeworth, «la afección no se aprende de memoria», sino que sale del corazón, al cual no pueden dársele lecciones en la misma forma que á la inteligencia. Se aprende á conocer mucho más fácilmente que á sentir, en el que lo propio ó individual imprime siempre un carácter peculiarísimo que trabajosamente se modifica, máxime cuando en gran parte es debido á instintos y hábitos heredados, que forman el natural ó temperamento afectivo del individuo.

A pesar de estas dificultades, hay una educación del sentimiento, pues éste puede disciplinarse y dirigirse como las demás facultades; tiene, como todas éstas, su *Exagogía*, su *Higiene* y su *Medicina;* es decir, que implica su cultura las mismas tres funciones que hemos dicho que comprende la educación del alma (157) y toda la obra educativa (15). Lo que hay es que una gran parte de esa cultura consiste en reprimir ciertas manifestaciones afectivas, como muchas de las que se fundan en las tendencias personales ó egoístas, que son las que primero se muestran en el niño, y mayor imperio ejercen en su vida; precisa además reprimir las pasiones y, en general, toda violencia en los afectos. A esta clase de educación se llama *negativa*, en contraposición á la *positiva,* que es la que atiende á excitar, por una suerte de *gimnasia,* los sentimientos, á veces los mismos personales, como sucede, por ejemplo, con los de personalidad y dignidad, que con frecuencia es menester estimular en vez de reprimir. La disciplina de los sentimientos es, pues, de represión ó negativa, y de excitación ó positiva. En armonizar ambos modos, sirviéndose de los efectos del uno para aplicar el otro, estriba principalmente el arte de educar los sentimientos.

Las falsas apariencias de que antes hemos hecho mérito, imponen á los educadores la necesidad de estar *prevenidos* contra ellas, á fin de no conceder á los niños una fuerza de afección igual á la nuestra porque los vean prontos á derramar lágrimas (lloran con la misma facilidad que ríen), no dar tanta importancia á sus manifestaciones de dolor ó alegría, ni atenderlas de la manera que lo harían con una persona mayor, pues de otro modo pudieran resultar engañados, ser inducidos á error y obrar inadecuada y estérilmente.

188. **Regla general para la cultura del sentimiento. El afecto: sus límites.**— Teniendo en cuenta el triple carácter que acabamos de reconocer en esta cultura, el predominio que al principio ha de tener el negativo y la necesidad de no abusar de la sensibilidad infantil, el primer medio de que debe valerse el educador para dirigir el sentimiento en sus educandos, es el del *afecto,* antes de ahora recomendado (154). «El mejor medio de hacer sensible al niño, se ha dicho, es el de ser sensible con él». Rodeando al niño de afecto, de amor, no podrá menos de responder de la misma manera; si siente latir á

su lado un corazón latirá también el suyo, pues, como vulgarmente se dice, la sensibilidad es contagiosa y el corazón más adormecido se despierta cuando se le atestigua afecto. Hay, pues, que amar á los niños, no olvidar que el amor es comunicativo y que ellos saben bien cuándo son amados, y se dejan gobernar por quien conocen que les ama.

No supone esto que los educadores hayan de tener constantemente en excitación el sentimiento de los niños y el suyo propio, ni que toda su labor educativa (aun limitándola á la esfera activa) la confíen á la acción de la sensibilidad anímica. A la vez que de ésta, necesitan valerse de la reflexión, la razón y aun la severidad, tan necesaria muchas veces, máxime cuando la sensibilidad en los niños es engañosa con frecuencia y no se halla bien desenvuelta. Aparte de que la educación no consiente móvil alguno exclusivo, y que si éste fuera el sentimiento, degenerara en empalagosa *sensiblería* (de que los educandos concluirán por no hacer caso ó mofarse), ha de tenerse en cuenta que tan ineficaz é inconveniente es querer razonar con los niños en toda ocasión y momento, como pretender dirigirlos á todas horas y en todas las circunstancias no más que por el sentimiento.

189. **Las asociaciones de sentimientos.** — Entre los sentimientos, como entre las ideas, se establecen asociaciones, por virtud de las cuales unos suscitan otros, que á su vez los engendran nuevos. Por este medio se establece una corriente afectiva que mueve al alma toda, y se forman los sentimientos complejos que son resultado de la asociación de varios simples ó elementales, como, por ejemplo, los de miedo, timidez, credulidad, etc. Con el sentimiento de hacer el bien que despierta una obra de caridad, se suscitan á la vez los de admiración al que la ejecuta, de compasión al que es objeto de ella, de amor á los hombres y otros por el estilo, formándose á manera de una cadena cuyos eslabones recorre insensiblemente el niño.

La educación debe aprovechar estas *asociaciones* naturales y aun provocarlas, para por su medio cultivar unos sentimientos por otros. Así, por ejemplo, si un niño realiza un acto de beneficencia, debe el padre ó el maestro hacerle sentir, no sólo la belleza de su buena acción, sino el amor que debemos á nuestros semejantes y la compasión que merece la desgracia. A su vez debe infundirle el sentimiento de la admiración á que son acreedores los que realizan actos de abnegación, llevándole por esta especie de *generación* de los sentimientos á gustar los afectos más variados, en la inteligencia de que el desarrollo de la emoción depende de la facilidad y frecuencia con que se formen tales asociaciones.

190. **El sentimiento en acción.** — Después de la regla precedente, la más importante y fecunda en resultados positivos para cultivar el sentimiento, consiste en el ejercicio de esta facultad mediante actos de experiencia por los que se pongan en acción los buenos sentimientos de los niños. Con semejante intento deben aprovecharse y provocarse las ocasiones en que éstos realicen actos de respeto, de amistad, de beneficencia, de justicia, etc., con sus padres, hermanos, maestros y compañeros, por ejemplo, y testifiquen sentimientos de propia dignidad, de ánimo, de honor, etc. Se pueden lograr semejantes resultados procurando que los niños intimen y se ayuden mutuamente en sus trabajos; que se presten y aun se den unos á otros los objetos y alimentos de que algunos carezcan, y que todos se traten con cariño y benevolencia; se procurará también animar á los débiles y tímidos, honrar á los pundonorosos y animados, etc. De este modo, que implica un procedimiento experimental, se crearán en los educandos hábitos de bien sentir, y las acciones tiernas, nobles y afectuosas de unos servirán de experiencia

también para mover y excitar la sensibilidad de otros, despertando en ellos los mismos sentimientos que inspiren esas acciones. Claro es que todo esto debe hacerse sin salirse de los límites que impone la naturaleza de los niños y la capacidad y gustos de cada uno: nada que sea violento ni impropio de la edad.

191. **La cultura del sentimiento por la de la inteligencia.** — Por virtud de las mutuas relaciones que existen entre nuestras facultades, la inteligencia obra sobre los sentimientos positiva y negativamente. En el primer caso, puede contribuir á la cultura de éstos, depurándolos de las pasiones y del error, ilustrándolos y haciendo un llamamiento á la reflexión, á fin de hacer desaparecer las preocupaciones, prejuicios y supersticiones, que contribuyen, sobre todo en los niños, á darles una dirección torcida y malsana. También puede influir la inteligencia positivamente sobre el desarrollo de los sentimientos, excitándolos por medio de la fantasía, ofreciendo á ésta descripciones animadas, vivas y conmovedoras que interesen al corazón, lo pongan en acción y hagan vibrar las cuerdas más delicadas del sentir. La caridad, la piedad, el amor, el patriotismo, etc., pueden inspirarse por esta especie de intuiciones, máxime si al mismo tiempo se mira á ilustrar el sentimiento por la cultura racional de la inteligencia.

192. **Hábitos del sentimiento.** — Las reglas que preceden darán por resultado inmediato, no sólo cultivar los buenos sentimientos por medio de excitaciones adecuadas, sino también constituir estados permanentes de sentimiento, crear buenos *hábitos* de sentir: tal es el objetivo de la cultura de esta facultad. Mediante la repetición de esos estados se familiarizarán los niños con los buenos sentimientos y los ejercitarán con frecuencia y más fácil y tranquilamente, haciéndoles que ganen en profundidad é intensidad lo que pierdan de su fuerza y viveza explosivas, como lo muestra el hecho de que el amor que profesa un adolescente á su madre, si es de continuo menos vivo que el de un niño de siete años, es en cambio más persistente y profundo, y hasta se manifiesta más enardecido cuando la ocasión lo requiere. Aunque se deba esto en gran parte al influjo de la reflexión, no puede desconocerse que entra en ello por mucho la aptitud que da el hábito, por la igualdad y el equilibrio que nos infunde en la producción de nuestros actos.

193. **Modos y estados del sentimiento.** — La actividad del sentir se manifiesta de diversos *modos*, entre los que se revela cierta oposición (como sucede entre el sentimiento *espontáneo* y el *reflejo*) y á los que referimos la *receptividad* y la *reactividad* ó maneras de efectuarse el sentimiento, de las que por la primera recibe el sujeto las influencias del objeto sentido, y por la segunda reobra el mismo sujeto sobre esta receptividad y se mueve hacia el objeto para impresionarse de él. Cuando ambos modos, necesarios para la vida del sentimiento, se ponderan y equilibran debidamente, se produce lo que se llama *ánimo*, y cuando no, resultan las *pasiones*.

Se llaman *estados* del sentimiento aquellos en que el sujeto que siente se constituye bajo la influencia del objeto sentido, en virtud de lo cual nos emocionamos y conmovemos y participamos en algún modo de la naturaleza de ese objeto, produciéndose por virtud de ello el *placer* y el *dolor*, dos determinaciones opuestas del sentimiento, de las que la primera representa el estado positivo y la segunda el negativo.

194. **Importancia del ánimo en la vida y papel de la educación respecto de él.** — Representa al ánimo como la energía fortificante del espíritu, de la cual sacamos fuerzas para realizar nuestros fines, cumplir nuestros deberes y producirnos con entereza; de aquí lo que se llama *presencia de ánimo*. Con

relación al sentir, es el ánimo ó *valor moral*, el sentimiento produciéndose ordenadamente y convertido en facultad animadora de la vida, en la que procedemos respecto de todos nuestros asuntos con tanta más tranquilidad, seguridad y conciencia cuanto más animosos somos, cuanta más presencia de ánimo tenemos. Nos dice esto que, sea ó no heredada esta cualidad, precisa desenvolverla en los niños, á los que desde pequeños debe infundirse el valor necesario para afrontar los peligros y, sobre todo, para no intimidarse, como es tan común en ellos, por motivos fútiles cuando no imaginarios. Que la educación puede mucho á este respecto, lo prueba el hecho tan vulgar de que una madre hace á sus hijos animosos ó medrosos, según lo que ella misma es.

195. **El miedo como opuesto al ánimo, y causas que lo engendran y fomentan en los niños.** — Esto último nos recuerda el *miedo*, que es uno de los sentimientos que más se oponen al ánimo. Es muy rico en manifestaciones en los niños, á los que origina ciertas enfermedades del sistema nervioso, especialmente cuando toma el carácter de *pavor* y *terror*, que con las parálisis del corazón, pueden producir la muerte (*se muere de miedo*, dice la ciencia y repite el vulgo), á la vez que les hace apocados de espíritu, pusilánimes, de carácter afeminado y faltos de virilidad.

Sea ó no heredado (y lo es en muchos casos), el miedo toma gran incremento en los niños, lo que si es frecuente que se deba á defectos orgánicos, pues, como se ha dicho, «la debilidad física engendra el miedo, que á su vez engendra la debilidad», lo es más todavía que provenga de la natural ignorancia del niño, de su falta de experiencia y de reflexión, de las ideas falsas que tiene de la realidad, y, sobre todo, de vicios de educación. Una educación excesivamente dura ú opresora, inclina á la *timidez* y al *temor*, de cuyos sentimientos es una manifestación el miedo, al que predisponen. Los procedimientos de que se valen muchas personas, y que consisten en *hacer miedo* á los niños con las sombras, los muertos, los fantasmas, etc., constituyen un vicio de educación por lo que cooperan á semejante resultado, al que también contribuyen grandemente muchos padres mediante un celo exagerado por sus hijos, á los que hacen pusilámines á fuerza de cuidados y mimos, exagerando los peligros (las más de las veces imaginarios) que en todo ven para ellos, impidiéndoles que corran y salten, que se alejen de su lado, etc., con lo que les acostumbran á dar mucha importancia á todos los pequeños sufrimientos, y además de hacerles apocados de espíritu, los predisponen á la melancolía y la hipocondría.

196. **Modo de infundir el ánimo y combatir la timidez, el temor, el miedo, el terror y el espanto. Influjo á estos respectos de la educación física y en particular de los ejercicios corporales.** — Señaladas las causas del mal, es fácil hallar el remedio. Para infundir á los niños la fuerza moral denominada ánimo, lo que primeramente precisa es hacerlos *valerosos*, lo cual se conseguirá combatiendo los sentimientos exagerados de timidez y temor, y, sobre todo, de miedo.

Se combate éste atacando las causas que hemos visto que lo engendran. Siendo una de ellas la debilidad orgánica, es necesario fortificar el cuerpo por una buena alimentación y los cuidados higiénicos que reclama el mantenimiento de la salud. Si la segunda de dichas causas estriba en la ignorancia del niño, en una falsa representación del mal, el sentido común dice que precisa ilustrar la inteligencia de los educandos, cultivar en ellos la reflexión y no presentarles desfigurada la realidad, sino tal como es, de modo que comprendan que las tinieblas no son otra cosa que la falta de luz ni ofrecen otros peligros que el de poder tropezar y caer, lo que se evita poniendo cui-

dado; que no existen fantasmas, duendes ni endriagos; que los muertos no se mueven, y en vez de ser temidos, deben respetarse, etc. Supone esto la proscripción absoluta de los procedimientos contrarios á que antes hemos aludido, y vigilar mucho á las personas que rodean á los niños para que no los entretengan con cuentos, leyendas, etc., de muertos que vienen á visitar á los vivos, de fantasmas y animales que infunden miedo, de hechos imaginarios, terroríficos, de supersticiones del mismo jaez, etc.

Lo dicho no basta al fin indicado. Es preciso además ofrecer ejemplos animosos á los niños, hacerles que poco á poco se familiaricen con las cosas por que sienten cierto horror instintivo (las sombras, los muertos, determinados animales que hasta son inofensivos y en cuyo favor debe hablárseles, las tormentas, etc.), y no amilanarse ante ellos por cualquier cosa. No usar con los niños formas bruscas y duras, tratos violentos y ásperos, ni menos aterrorizarles cuando cometen alguna falta, es también un medio de que no decaiga su ánimo, antes bien, de mantenerlos en él, y de no hacerles pusilánimes. Por último, evitar las exageraciones de que antes hemos hecho mérito por lo que respecta á los cuidados que se tienen con los niños, y, por lo tanto, no acoquinarlos á fuerza de mimos y de creer que todo puede causarles daño, es otra de las maneras de combatir el miedo y fortalecer el ánimo, y lo es tanto más eficaz, cuanto que implica la fuerza del ejemplo: el educador que se produce de la primer manera se lo ofrece á sus educandos de pusilanimidad, de cobardía, de miedo.

Esto último recuerda el concurso que á la tarea de infundir el ánimo y combatir el miedo y los sentimientos afines y derivados de él (timidez, temor, cobardía, etc.) pueden prestar los *ejercicios corporales*. Convenientemente dirigidos, contribuirán dichos ejercicios á que los niños se acostumbren á afrontar los peligros, á vencer los obstáculos, á no amedrentarse ante la inminencia del dolor físico, y, en fin, á ser animosos en todo. Recuérdese que los ejercicios en cuestión son exigidos para fortificar el organismo, y ya hemos visto que la debilidad de éste es una de las causas que engendran y alimentan el miedo, como la engendra una cultura exagerada de la sensibilidad cutánea (175). Para oponerse al miedo ó desterrarlo, y, en general, para la *educación del valor*, como se dice, tienen verdadera importancia los ejercicios corporales que ofrecen algun peligro y entrañan cierto antagonismo, como la lucha y el pugilato, que son excelentes para el caso, como lo son todos los que implican vencer resistencias, ponen en juego la emulación y acostumbran al niño á la fatiga y á despreciar caídas y golpes.

197. **Las pasiones, sus efectos y clases.** — Los extravíos del ánimo originan las enfermedades morales denominadas *pasiones de ánimo* ó meramente *pasiones*, que se caracterizan por el predominio casi exclusivo del sentimiento sobre las demás facultades del espíritu, y representan el desequilibrio de nuestra racionalidad, y entre la reactividad y la receptividad del sentir, predominando la segunda. Son, pues, las pasiones (á las que se llama «tendencias primitivas de nuestra naturaleza» y «el amor transformado») *sentimientos desordenados*, la mayoría de las veces pervertidos, que perturban el espíritu, ciegan la inteligencia y subyugan la voluntad. Excitaciones vivas de la sensibilidad ó movimientos violentos del corazón, representan un grado de exaltación del sentimiento, el cual llega á él por disposiciones naturales y hereditarias y por un ejercicio continuo ó irregular, es decir, por la satisfacción ó represión habitual de tal ó cual inclinación (de aquí que se consideren como «hábitos de la sensibilidad»), en lo que toman parte con la voluntad, la reflexión y la razón, la atención y la imaginación.

Hasta las pasiones consideradas como buenas son verdaderas enfermedades del espíritu, en el cual producen efectos parecidos á los de la calentura y aun la demencia. Bajo su imperio tiránico, más que obrar, lo que hace el hombre es dejar que las pasiones obren sobre él, pues el alma apasionada no se pertenece, está fuera de sí y es como el juguete de un demonio interior; malas ó buenas, desempeñan un gran papel en la moralidad y la vida del hombre. Ejercen además un influjo desastroso sobre el organismo, cuya vitalidad y salud debilitan singularmente.

Siendo las pasiones un grado de exaltación de los sentimientos, se clasifican como éstos, puesto que toda inclinación puede convertirse en pasión.

198. **Las pasiones en los niños. Papel de la educación respecto de ellas.**— Aunque las pasiones sean efecto del hábito y de la experiencia de la vida, no por eso dejan de manifestarse más ó menos acentuadas en los niños quienes con frecuencia se apasionan de las personas, de las cosas y de las acciones lo que hay es que las pasiones son en ellos pasajeras, como hemos visto que; son sus sentimientos (186): la envidia, los celos, el miedo, la cólera, el deseo poseer y otros sentimientos llegan á convertirse en verdaderas pasiones de la niñez.

Por esto y sin ello, necesita la educación tener en cuenta las pasiones. Sin proponerse sofocarlas por completo, pues al fin son necesarias cuando sus móviles son buenos y están bien dirigidas, para dar calor al alma y animar la vida, precisa disciplinarlas por medio de la sensibilidad misma del niño, que al efecto debe desenvolverse en todas direcciones, y evitando los hábitos relativos á inclinaciones exclusivas, creando otros hábitos y nuevas asociaciones. Después de esto, no hay más que hacer, tratándose de los niños, que lo aconsejado por Marion en este pasaje:

«La vigilancia vale más que la represión y los consejos. Es preciso rodear de cuidados al niño para que crezca en perfecta salud moral, lo que dispensará de recriminaciones tardías y de inútiles reproches. Evitar á los niños las ocasiones de caer, velar su conducta haciendo que no sospechen vuestra vigilancia, alejar de su vista los malos libros y los espectáculos nocivos, estar en guardia respecto de sus compañías, no permitirse en su presencia sino conversaciones convenientes ni darles más que buenos ejemplos, inspirarles cuanto sea posible el sentimiento de su responsabilidad, en una palabra, favorecer y dirigir su desarrollo moral de modo que sean sanos y fuertes cuando llegue la hora de las pasiones; he aquí la obra de una educación bien conducida».

199. **El placer y el dolor. Su influjo en la vida.**—El *placer* representa un estado acorde del sentimiento con la naturaleza de lo sentido; el *dolor* lo contrario, ó sea el desacuerdo ó desequilibrio entre uno y otra; el primero es el resultado que proporciona el satisfacer una inclinación, y el segundo, el que proviene de una inclinación contrariada.

El placer y el dolor son los móviles de las acciones, especialmente del niño, de quien se ha dicho que son los primeros maestros: se busca lo que agrada ó causa placer, y se huye de lo que desagrada ó causa dolor. El placer, del que ya afirmó Aristóteles que «es la flor de la actividad», está en el fondo de toda sensibilidad y necesita del dolor, como éste del placer: se acompañan sin cesar y alternan sin interrupción, como «dos cosas pegadas á un mismo tronco», según dijera Sócrates. La variedad y el cambio se imponen al placer, para no convertirse en dolor (el de la fatiga originada por un ejercicio prolongado), y ser realmente, como se le llama, el soberano bien lo que declara su razón de ser en la vida. El dolor, por el contrario, es un mal; pero en cuanto es condición del placer, que sin él parece menos vivo

(por la ley de los contrastes), por lo que ya se dice que es su «condimento», nos sirve de advertencia y salvaguardia y aguijonea la actividad; razón por la cual se le considera como causa de progreso, como un mal necesario, cuyo influjo en la vida es con frecuencia hasta beneficioso.

200. **Consecuencias pedagógicas.** — De lo dicho acerca del placer se desprende la conclusión de acudir en la educación y la enseñanza á las formas agradables, al trabajo atractivo y al juego, que por motivos análogos á los de ahora hemos recomendado antes (154); el esfuerzo que todo trabajo representa supone un verdadero placer (por más que con frecuencia entrañe dolor), por lo que para que el trabajo sea atractivo, no ha de ser meramente divertido y variado, sino que además ha de requerir esfuerzo por parte del niño, que ha de procurarse que comprenda el interés de ese esfuerzo y lo desee. En la cultura del placer debe tenderse siempre á elevar las sensaciones, á espiritualizarlas lo posible, reemplazándolas por el sentimiento, y siempre que se pueda por la idea. En cuanto al dolor, si no ha de multiplicarse, debe infligirse cuando sea necesario como sanción ó como castigo de las faltas del niño, al que es preciso habituar á que asocie á la transgresión la idea de una pena, lo cual supone la aplicación de castigos.

«Hay dolores que nunca deben infligirse: son los primeros los que consisten en contrariar las verdaderas necesidades del niño, las que pueden impedir su crecimiento ó comprometer su salud. De una manera general, los castigos corporales son indignos de un padre ó de un maestro que se respeta. Pueden, sin embargo, aplicarse los que no ponen en peligro ni la vida, ni el crecimiento del niño; los que sólo chocan con un deseo ó una inclinación adquirida, tales como la glotonería; y esto, á condición de que se empleen con mucho tacto y medida. Privando al niño de un goce en el beber ó el comer, puede temerse, en efecto, llevarle á desearlo más, y si en ello no habría inconveniente físico, hay un daño psicológico más grave aún». (MARION).

201. **Los sentimientos y su clasificación.** — A los estados concretos del sentir anímico, ó determinaciones efectivas que mediante su propia actividad recibe esa energía, es á lo que llamamos *sentimientos*, los cuales consisten en la unión y compenetración del objeto sentido con el sujeto que siente.

Se hacen varias clasificaciones de los sentimientos, siendo de ella la que mejor conforma con nuestro objeto, la que estimándolo como *inclinaciones* (primer grado de la sensibilidad anímica, de la que las *emociones* y las *pasiones* representan el segundo y el tercero, según esta clasificación), los divide por la tendencia que representan ó el móvil á que responden, en *personales, sociales* y *superiores*.

Se consideran como personales los que tienen por objeto inmediato el bien propio del individuo, así por lo que respecta á conservar lo que á su vida importa, como por lo que atañe á su desarrollo y perfeccionamiento. En tal concepto, se llaman también *egoístas* y se fundan en el *amor propio*, del que se originan los de *orgullo, vanidad, propia estima, deseo de aprobación, emulación, envidia, celos, odio, ambición, deseo de dominio, de bien parecer*, y *de poseer, avaricia, cólera, timidez, temor, miedo, honor, dignidad, rubor, vergüenza, pundonor, pudor* y otros por el el estilo.

A la tendencia social corresponden los sentimientos que nos llevan á unirnos con nuestros semejantes, procurándoles el bien posible, por lo que modernamente se denominan *altruístas* (del latín *alter, otro*, amor de otro). Se llaman también de *simpatía* (sentir conjuntamente con otros), y se fundan en el amor al prójimo, clasificándose en inclinaciones *domésticas* (*amor conyugal, filial, paternal* y *maternal*), *electivas* (*amor sexual, amistad*), *corporativas* (*patriotismo, sociabilidad para fines religiosos, científicos, artísticos*, etc.) y *filantrópicas* (*benevolencia, respeto, admiración, veneración, compasión, beneficencia, caridad*), que son las más desinteresadas y generales.

Los sentimientos superiores, dichos también *racionales*, son los que se refieren á objetos superiores al individuo y los demás hombres, como lo verdadero, lo bueno y justo, lo bello y Dios, de que nacen el *amor á la verdad, al bien* y á la *justicia* (sentimiento *jurídico* este último), á lo *bello* (sentimiento *estético*) y *á Dios* (sentimiento *religioso*). Las tendencias superiores, que son como las más altas y nobles de la escala que forman las manifestaciones del sentir anímico, representan el deseo en el hombre de buscar y realizar lo que hay de mejor en cada una de sus facultades, lo que expresa la perfección de éstas y como su peculiar finalidad, y se distinguen: porque aspiran al infinito y al ideal y nunca se hallan satisfechas; porque sólo se dan en los seres dotados de razón, y por ser esencialmente impersonales, eternas, universales, generosas y comunicativas.

202. **Sentimientos personales ó egoístas más comunes en los niños. Papel de la educación al respecto de ellos, considerados en general.** — El *personalismo*, por que tanto y tan acentuadamente se distingue la infancia, merced al predominio que en ella alcanzan los apetitos é instintos de conservación, nos advierte que los sentimientos que se originan de la tendencia egoísta son los primeros y más naturales de los niños, en los que el *amor propio* exagerado é irreflexivo les hace ser *orgullosos, vanos, envidiosos* y *celosos*. Con estos sentimientos y por ellos, muestran los niños el de *ambición*, el *deseo de dominio, de poseer* y *de bien parecer*, gustan de *emular* á otros, se sienten aguijoneados por el *odio* y son hasta *avaros* y *coléricos*. De más parece advertir, después de lo dicho antes (195 y 196), que la *timidez*, el *temor* y el *miedo*, son sentimientos que también sombrean la vida de la niñez.

En términos generales, la educación debe ser expectante y represiva á propósito de todos esos sentimientos, que cuando no se refrenan se convierten en verdaderas y malsanas pasiones. Por lo que alimentan y fomentan el personalismo vicioso, precisa evitar el elogio y la alabanza, de que en ningún caso debe abusarse, á fin de no excitar el orgullo y la vanidad, á que los niños son tan inclinados. El deseo de dominio y el de poseer, que fácilmente se convierten en verdaderas pasiones, en cierto incipiente despotismo y desmedida avaricia, se deben restringir, no siendo dóciles con los caprichos del niño, al que ha de acostumbrarse á respetar lo de otros y á ser cuidadoso de lo suyo. Por último, y apuntando la idea de que la educación necesita ser casuística, y, por lo tanto, expectante respecto de las inclinaciones que se derivan del egoísmo, ha de tenerse en cuenta que ciertas formas de éste (la emulación, el deseo de aprobación y de bien parecer y la vanidad misma, por ejemplo, sin contar con los sentimientos de honor, dignidad, etc.), anuncian algo que se refiere á inclinaciones de un orden superior, ó sea á las de simpatía, por lo que no conviene exagerar con ellas la represión.

203. **Necesidad de favorecer en los niños ciertos sentimientos personales, y manera de proceder al efecto.** — Existe otra razón que aconseja no abusar de la represión á propósito de los sentimientos de la tendencia egoísta: la de no debilitar los sentimientos de *personalidad* (*dignidad, honor, pundonor* y *vergüenza*), que por el contrario, es preciso que se afirmen todo lo posible y se desenvuelvan de modo que quede cimentada la personalidad (que no hay que confundir con el *personalismo*) sobre bases sólidas, con lo que se contribuirá á formar el carácter en el individuo.

Cuanto hemos dicho para favorecer el ánimo y combatir el miedo (196)